



La mirada estudiantil: *una de las caras de la moneda*

Carlos F. Marina*



Primera generación de la maestría, en ciencias en recursos naturales y desarrollo rural, en el año de 1994.

A mediados de 1995 me enteré de que en ECOSUR se impartiría una Maestría en Entomología Tropical. Me interesé en esta nueva carrera de posgrado, ya que desde 1990 venía trabajando con insectos vectores de enfermedades en el Centro de Investigación de Paludismo. Acudí a la entrevista en las instalaciones de la unidad Tapachula y fui sometido a una serie de preguntas para conocer mi calidad como candidato. Recuerdo a dos de los tres investigadores que me entrevistaron: Jorge Toledo y Trevor Williams. Meses después, por parte de ECOSUR se comunicaron conmigo para comentarme que había sido aceptado, pero que la maestría iba a ser en Recursos Naturales y Desarrollo Rural con “orientación en Entomología Tropical”.

En los primeros días de enero de 1996, iniciamos clases en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. Fue un cambio radical en mi vida. Dejé el calor del Soconusco por el frío de los Altos; la compañía de mi familia y de mi hogar, por la soledad que llenaban los artículos, capítulos de libros y condiscípulos hermanos de la misma ilusión. Nos atiboraban de material para lectura de temas desconocidos. Aprendí, por ejemplo, que la pobreza no sólo se ve, sino que también se mide, y que los encargados de abatirla la ignoran y desvían los recursos para otras causas. Que no es lo mismo el crecimiento económico que el desarrollo sostenido o el sustentable, y que éste último lo utilizan los gobernantes como discurso político, pero ignoran sus bases y cómo aplicarlo. También me enteré de algo que ya intuía: que Chiapas es el estado con mayor potencial de riquezas, no obstante que tiene los peores indicadores socioeconómicos y de salud.

El más temido de los catedráticos era Manuel Parra, aunque fue de los que más nos impulsaron para que aprendiéramos a trabajar en forma multidisciplinaria, así como a analizar los fenómenos o problemas de una manera crítica y objetiva. ¿Y

* Carlos F. Marina es egresado del Doctorado en Ciencias en Ecología y Desarrollo Sustentable de ECOSUR. Actualmente trabaja en el Centro de Investigación de Paludismo del Instituto Nacional de Salud Pública (fmarina@correo.insp.mx).



Voces de la comunidad

María Estela Hernández Ruiz tiene 12 años trabajando en la unidad San Cristóbal. Tras los cristales de su cubículo se le ve entre documentos, teléfono, y personas que le hacen infinidad de preguntas. Parece que no tiene respiro. Estelita nos habla de su labor: “El licenciado Francisco Hernández, encargado del entonces Departamento Jurídico, me avisó que había una vacante para el conmutador, y así fue como llegué aquí. Al principio no me gustaba mucho el trabajo porque sólo era contestar el teléfono; en cambio, los números me llamaban más la atención pues antes trabajaba en un despacho contable. Ahora realizo actividades, digamos, de relaciones públicas: atiendo gente, contesto el teléfono; envío faxes locales, nacionales y al extranjero; controlo la correspondencia. Además, me encargo de las comprobaciones de gastos y viáticos de los conductores y apoyo en otros trámites al Departamento de Servicios Generales, entre otras actividades. Diariamente se reciben quizá unas 500 llamadas en la institución; aunque no debo contestar todas gracias al nuevo sistema de telefonía. Tengo buena memoria para aprenderme las extensiones del personal de ECOSUR. Y eso que el trabajo ya es menos, porque antes tenía que hacer llamadas para todos; por ejemplo, marcaban a mi extensión para pedirme: ‘Comunicame a mi casa, por favor’; y sólo con oír la voz yo reconocía quién era y hasta me sabía de memoria los teléfonos a los que se comunicaban normalmente. Claro que se me escapan algunos números, pero es raro. Todo esto se me facilita tal vez porque el trabajo me ha gustado.

dónde estaba la entomología? ¡En el futuro! En el grupo de Tapachula comentábamos que sólo era cuestión de aguantar tres meses y ya después, llegando a Tapachula, nos iban a consentir. Llegó la primavera y con ella, un cambio de aires.

Gracias a una buena estrategia y con base en el trabajo multidisciplinario, los nueve estudiantes de ese grupo sobrevivimos para el siguiente trimestre. El chasco más grande fue que en la unidad Tapachula el programa estaba más pesado que en San Cristóbal. La ventaja de algunos era que nos encontrábamos en nuestro hogar, con nuestras familias. Sin embargo, casi no lo logro. En el último trimestre por poco dejo la zalea en Etología de Insectos, pues con mucho esfuerzo alcancé el ocho; calificación mínima para aprobar. Otro amigo no lo logró. Una vez terminados los créditos, inicié mi trabajo de tesis. Por fortuna y azares del destino me cobijé en un buen árbol: Trevor Williams, quien ha sido para mí un excelente guía en el camino de la investigación científica. En febrero de 1998 me gradué.

Aún no terminaba la maestría cuando ya me estaba embarcando en otra aventura del posgrado.

A finales de 1997, cuando supimos de buena fuente que se iniciaría el Doctorado en Ecología y Desarrollo Sustentable, me reuní con Trevor para evaluar mis posibilidades y las perspectivas de continuar la línea de investigación iniciada en la maestría. Recibí todo el apoyo de mi tutor y viajé con tres compañeros más a San Cristóbal para nuestra evaluación. La verdad, estábamos muy emocionados por completar nuestra carrera, aunque sospechábamos que íbamos a ser “los conejillos de Indias”. Esto lo confirmamos tiempo después... El primer año fue de aprendizaje, conflictos y decepciones. El primer trimestre cursamos el seminario de “Desarrollo Sustentable” que nos permitió tener una leve visión de dicho paradigma. Pudimos sacar provecho del tema; sin embargo, viajar cada 15 días en la ruta Tapachula-San Cristóbal y viceversa, y saltar entre el trabajo preliminar de la tesis y el seminario, no lo hizo sencillo.

En el siguiente trimestre estalló el conflicto. Teníamos que llevar otro seminario en San Cristóbal y viajar con más frecuencia. Decidimos no cursarlo, y por poco expulsan a 60% de los estudiantes de la primera promoción; por fortuna, el



Aprendí que la pobreza no sólo se ve, sino que también se mide, y que los encargados de abatirla la ignoran y desvían los recursos para otras causas. Que no es lo mismo el crecimiento económico que el desarrollo sostenido o el sustentable, y que éste último lo utilizan los gobernantes como discurso político, pero ignoran sus bases y cómo aplicarlo.



coordinador del Posgrado (Dr. Pablo Liedo) solucionó el problema. Al final del año cumplimos con aprobar los tres seminarios, pero nuestro avance en la tesis fue muy pobre.

Después vino la presentación del protocolo, que no significó mayor problema, aunque nos tardamos una eternidad. Lo realmente difícil fue el examen de pregrado, llamado por nosotros, “de inquisición”. Consistía en presentarnos durante cinco días consecutivos, en los cuales disponíamos de cuatro horas encerrados en un cubículo para responder una pregunta formulada por un sinodal. Un proceso del tipo “escribe todo lo que sepas, y lo que no, será usado en tu contra”. Tres días después de responder la última pregunta venía el examen oral. En mi opinión, este tipo de examen no ampliaba la visión del doctorante y sí provocaba frustración.

Para bien de los estudiantes, muchas cosas han cambiado, aunque todavía existen algunas dificultades. Uno de los problemas fuertes del doctorado es su baja tasa de graduados. Para la primera generación, principalmente en la unidad Tapachula, se pueden apreciar varias causas: proyectos demasiado ambiciosos; inexperiencia para guiar mejor a los doctorantes; demasiada carga académica por parte de los tutores o asesores; desavenencias entre el estudiante y su comité; pérdida del estímulo por graduarse; problemas económicos diversos; sentirse muy a gusto como doctorante en ECOSUR *versus* enfrentarse a un panorama no muy halagüeño en el ámbito de nuestro trabajo. Para algunos estudiantes que están por terminar, agregaría dos limitantes más: la necesidad de presentar el examen TOEFL antes de egresar, a pesar de

haberlo aprobado en el ingreso, y el examen de comprensión de una tercera lengua. Varias de las dificultades se han superado con el tiempo, pero las dos últimas seguirán siendo un obstáculo en la tasa de graduación.

Por último, comentaré sobre lo que me ha dejado el posgrado de ECOSUR. Mi estancia ha sido muy benéfica para mi superación académica. He logrado publicar ocho artículos e ingresé al Sistema Nacional de Investigadores –actualmente me ubicaron en el nivel I–; pero lo más importante es que he conocido a gente valiosa que en todo momento me ha tendido la mano. La experiencia ha sido muy grata y créanme que duele abandonar una casa que me dio cobijo durante mucho tiempo. Sólo me resta agradecer a todos el apoyo y cariño que me brindaron. Andando el tiempo, en cualquier rincón nos veremos y me dará mucho gusto saludarlos. Buena suerte a los integrantes del Posgrado y al personal de todo ECOSUR.